

# Presentación

«Mientras tanto, nos tocará defender el Arte y la Cultura –perdón por las mayúsculas– de aquellos que lo utilizan como arma». (J. F. Peláez)

En la España democrática se han aprobado ocho leyes educativas (desde la LOECE –1980– hasta la LOMLOE –2020–), lo que evidencia, por una parte, la incapacidad de los partidos políticos para llegar a un gran pacto que dé estabilidad al sistema educativo; y, por otra, aunque se afirme lo contrario desde las diversas posiciones políticas, que las cuestiones claves que deben ser enfrentadas no son pensadas, evaluadas y respondidas con la suficiente parsimonia y profundidad.

El resultado de esta falta de consenso social es evidente: un modelo fallido que conduce a resultados mediocres. Ciertamente la normativa siempre ha buscado, como se podrá comprobar en los artículos que el presente número ofrece, minimizar la influencia de factores socioeconómicos para que el derecho a la educación sea real en nuestra sociedad –un logro que exige ser mantenido–; pero esta búsqueda de equidad parece que ha querido realizarse a costa de la «excelencia» –aunque este concepto esté masivamente presente en casi todos los espacios que tratan la problemática educativa–, el «esfuerzo» y la «evaluación rigurosa» de resultados. Dicho brevemente: si no se corrige adecuadamente, el sistema dejará a todos atrás, no solo a aquellos de inferior nivel económico; y, por eso, la presunta equidad, proclamada constantemente, es un engaño que quizá impida reconocer y corregir adecuadamente sus fallas.

Si a esto se añade que desde décadas atrás se arrastra una deficiente inversión económica y que se carece de un modelo claro de carrera profesional para aquellos que asumen la tarea educativa –aunque sean éstos, y no la clase política, los que con su esfuerzo mantienen los niveles mínimos de calidad educativa, esfuerzo muchas veces minado porque su «autoridad» ni es apoyada ni es fortalecida–, el nefasto resultado es que nuestro sistema educativo no está ofreciendo a las futuras generaciones las herramientas para desarrollar todo su potencial, jugándose irresponsablemente no solo con sus personas, sino, también, con el futuro económico de nuestra sociedad en un momento de la historia de la humanidad en el cual el conocimiento es una esencial variable explicativa para el éxito económico de las naciones.

Ojalá este número de Diálogo Filosófico provoque espacios para repensar filosóficamente, es decir, sin miedo a la verdad, la política educativa en España y contribuya, así, a mejorar el sistema actual. Estamos jugando con el futuro de las próximas generaciones.

Antonio Jesús María Sánchez Orantos, cmf.